

alegre mucho.—Y á otra cosa, es decir, á la misma siempre. Los sabios y los intelectuales de aquí raban de desesperación. Como si no rabiaran. El trigo baja á 38, y pronto va á estar á 36, y luego á 34. Es el acabóse. ¿Y qué hacemos? Lo más seguro es dejarlo estar. ¡Para lo que ha de durar esta pícara vida!

En la iglesia de Santa Clara apareció, ya hace mucho tiempo, un Santísimo Cristo nuevo. Y la gente lo reverencia yacente en su sepulcro. Es muy milagroso: le crecen las uñas y el cabello, y hace una infinidad de prodigios por el estilo. Y hay quien dice —y presumo que con fundamento—que es una momia procedente del sepulcro de los Enríquez, en en donde faltó una de las seis con sorprendente oportunidad. ¿Qué más da? ¿No se hacen imágenes de madera? Pues lo mismo pueden hacerse con momias. Lo que se adora es á Nuestro Señor, lo mismo en un trozo de roble que en un almirante de Castilla.

—¡Pero si adoran ustedes á un almirante!—se les dice.

Y contestan, con su bondad paradisíaca:

—¡Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser!

Todo esto es sencillamente encantador. Yo he acompañado hasta un convento á un doctor que iba á hacer su visita á las monjas. Hemos pasado por unos patios poética y santamente vetustos, con unos bellos emparrados, un brocal roído por las lluvias y un viejo empedrado, que parece esperar que vengan en las horas de soledad á posarse en él bandadas de palomas. El doctor ha tirado de una cuerda; una voz argentina ha hablado por el torno. Luego se ha abier-

to un desvencijado portón, y el doctor ha entrado, no sin dejarme ver un interesante lugar, mezcla de zaguán y de locutorio, en cuyo fondo se cruzaban los espléndidos y espesos ramajes de un perfumado huerto conventual. Desde fuera he escuchado palabras dulces y contritas, acentos femeninos dulcísimos, consejos paternales, toda una escena intensa y prodigiosa de «Canción de cuna». Por fin, ha tornado á abrirse el portón, y he visto á las monjitas, cubierto el rostro algunas, deslumbrantes de belleza las otras; he saludado torpemente, como si me hallara delante de una tribuna del concurso hípico, y ellas las pobres, como si no vieran mi azoramiento, han pronunciado queda y piadosamente:

—Vaya con Dios, Nuestro Señor. La Virgen le acompañe.

Y hemos vuelto á pasar por calles solitarias, que se llaman, tal vez, de la Iglesia, de San Miguel, de los Inquisidores, de la Bajada al Río, pensando que no es en los portales, ni en el Ateneo, ni en el teatro, ni en el frondoso prado de San Antolín, ni en el Laboratorio de Navarro, sino allí, en los antiguos feudos del Cabildo, en donde se halla el alma de la verdadera Palencia.

Palencia.

LA LINTERNA

Al desembocar por la angosta calle que se llamó del Cristo de la Victoria, en la plaza de la Catedral, siente el que se aproxima al maravilloso templo leo-

nés un sentimiento que tiene tanto de admiración como de desagrado y molestia. Produce la primera la vista de uno de los monumentos más estupendos que nos pudo legar el arte ojival. Descubierto por uno de sus flancos y por el frente, dominado por las agujas de crestería de sus dos atrevidas torres, presenta un conjunto de maravillas en portada y en esculturas, arbotantes y contrafuertes, andenes y antepechos, ventanales y ojivas, que sobrecoge y pasma. Se adivina inmediatamente que se está en presencia de uno de los más soberanos portentos de la arquitectura medioeval, y que una población que posee semejante tesoro ha de ser forzosamente para todos los soñadores del Universo una á modo de Meca artística, como Toledo, como Santiago, como Córdoba ó como Nuremberg.

Pero el desagrado se justifica también de sobra. En lugar de procurar á joya tan preciada perspectivas y puntos de vista, parece que las generaciones, una tras otra, han querido obscurecerla, anularla, aplastándola con todo género de aberraciones y absurdos. Y esta sensación acaba por ser tan dominante, que, al concluir de dar la primera vuelta al edificio, se siente el rubor del 98, la tristeza infinita de que los que vienen de fuera, muevan, para juzgarnos, los labios.

Porque la catedral de León es colosal, maravillosa, sublime; pero todo cuanto la rodea indica ignorancia, rutina y barbarie. Ignorancia y barbarie de muchas generaciones seguidas, incapaces de tener ojos, porque tan sólo eso se necesita para no cometer tanta enorme profanación é irreverencia.

Lo primero que se puso frente á la catedral, en

tiempo del imbécil rey Carlos II, fué una fuente monstruosa, merecedora de un cartucho de dinamita. Hay en ella un Neptuno aborrecible, rodeado de angelotes infames, que claman por la argolla. Esto, sin duda, ha parecido poco, y se ha convertido la plaza en un bosque de acacias de bola, inicualemente versallescas, que privan á la fachada del templo de toda abierta perspectiva. Dobladlos los estribos de la torre del Norte, hay un casucho destinado á depósito de maderas viejas, propicias á incendiarse como yesca, y, tras el casucho odioso y vergonzante, hay luego otros treinta, toda una calle de medio kilómetro, cuyos zaquizamís valdrán entre todos quinientos duros, pero que esconden por completo la catedral, tapiando absurdamente uno de sus costados, el más sorprendente y maravilloso, con cascotes, tejas vanas, corrales é inmundicias.

No puede imaginarse nada más esbelto y delicado que la nave mayor. No hay allí muros, sino nervios, que suben agrupados, se separan, se desparraman y forman una portentosa linterna, con sus policromos cristales y sus aéreos y sutiles alicatados. Grandiosas ventanas rasgan de estribo á estribo los lienzos de una y otra nave, divididas en cuatro arcos por delgadísimas columnas y bordadas en su cerramiento por calados y aéreos rosetones. De noche, cuando dentro del templo se celebra alguna solemnidad ritual, la linterna gigantesca se destaca en las sombras como un ensueño luminoso. Aquello no es obra de los hombres, sino de los genios del color y la línea. Se comprende entonces la alteza del consorcio del Cristianismo con el genio germano, y la verdad de la afirmación de Ortega y Gasset cuando asegura

que al germanismo contemporáneo está incorporada toda la civilización antigua y media.

¡Poseer una maravilla así y profanarla, como la han profanado los prelados, los cabildos y los curas de misa y olla! A León debieran venir todos los días millares de viajeros, procedentes de todas las naciones del Mundo, á contemplar este prodigio sin precedentes y seguramente sin futuros émulos. Pero es mucho mejor que no vengan á apostrofarnos, á increparnos, á decir por diezmillonésima vez que estamos estorbando en el mapa.

Gobiernos, Ayuntamientos, Corporaciones particulares artísticas, vienen obligados á despejar los alrededores de la catedral, á purificarla, á hacerla que campee como un soberano inmortal á los cuatro vientos. Si hay obstáculos, deben barrerse en nombre de la civilización y del interés público. Comunicaciones fáciles y asequibles á todas las fortunas, hospedajes á la europea, calles aseadas, todo ello y más merece este monumento, que es de nuestra patria gloria imperecedera y que hoy da testimonio de nuestra incultura y nuestra grosería perdurable y empecatada, á pesar de los nobles esfuerzos de la brillante intelectualidad leonesa.

León.

LAS PALOMAS

De la primera imposta para abajo, la catedral tiene la muda impasibilidad de las grandezas muertas: duermen los santos en sus hornacinas sueño de pie-

drá, como los abades y los guerreros en sus sepulcros; amarillea el polvo de los siglos en los desmoronados sillares y en los arquivoltos de las portadas; los bienaventurados y los penitentes muestran sus actitudes pasivas ó hieráticas con muda rigidez.

Pero sobre el cuerpo primero de las sólidas torres, más arriba de los antepechos de los cruceros, donde los rosetones y los ventanales se rasgan en líneas gallardas y sutiles, la catedral palpita. En sus arbotantes, en sus ojivas, en sus pináculos y botareles, late todo un universo ideal. Las pirámides de crestería son copas de cipreses en que susurra el viento; los grupos de columnas y los arbotantes son nervios que vibran, arterias por donde circula la savia roja de un mundo santo, noble y caballeresco. Y las figuras parecen agitarse en sus pedestales, se mueven, hablan, despreciando el hormiguero humano, que, allá abajo, en la plaza, que parece abismada planicie, sigue arrastrando su miseria y su prosa, incapaz de alzar las pupilas á la excelsitud de las cresterías.

Alguien, sin embargo, se atreve á llegar á las claraboyas, bordadas de arabescos, á los antepechos de los ábsides y á los remates floridos de las cúpulas. Son las palomas, albas, inmaculadas, las que se ciernen con su vuelo sereno de símbolo inmortal y se abaten en los escondrijos de aquel mundo de cálido granito, cuyas palpitaciones sólo ellas saben y pueden percibir. Y cuando esconden en las enjutas de los arcos sus aleteos ó se acurrucan en las hornacinas, junto á las sandalias de las doncellas ó las armaduras de los cruzados, toda la catedral se estremece de sensualidad. Y en las campanas mismas hay

una vibración sutilísima, algo como el eco de clamores confusos, de gentes remotas ó que se alejan, ó de legiones amorosas que advienen.

Por encima de la mole gigantesca aparecen, manas, las aves torcaces, destacándose sobre el azulado insondable como emblemas minúsculos. No parecen moverse; pero luego trazan gallardos círculos, dibujados por la inspiración misma que esculpió las curvas de los ventanales, y van á posarse en las cruces de las agujas ó en las puntas de los pararrayos, y allí baten sus alas en espasmo gentil, como un desprezo. Tornan, veloces, á elevarse, á gozar de la serena y bienhechora caricia del viento de la tarde otoñal. Y, cuando es avanzado el crepúsculo, lanzan un grito casi imperceptible, como vírgenes pudorosas sorprendidas en sus tímidos juegos, y, en racimos que recuerdan los ramos de azucenas de los campesinos altares, se apresuran á refugiarse en su escondite definitivo hasta que, al alba, las despierte el rudo silabeo de la lengua de bronce y el fresco lujurioso del amanecer con sus cosquilleos de sensación trémula y sus aromosas esencias desprendidas de los cálices campesinos en la noche nupcial.

Ellas, cubierto el pecho agitado por el plumón blanquísimo, como el escapulario de una novicia, capaces de pasar, sin macularse, por todas las escorias, saben cuanto hay de gentil y pagano en el inmenso templo y en sus inexploradas reconditeces. Miran con desprecio las edificaciones contiguas, los adosamientos vulgares é insensatos, los pináculos toscos de la degeneración plateresca, y buscan las agujas finísimas y los encajes prodigiosos en que los artistas de la Edad Media saciaron sus ansias de idealidad y

emancipación. Ellas conocen una por una las angustias, las esperanzas, los enamoramientos que pusieron en las estatuas, en los ángeles y en los dioses; las florescencias de la pasión carnal que llevaron á los capiteles y á las gárgolas, y que no pudieron manifestar en el primer cuerpo, sujeto á la fría y despiadada inspección de las miradas inquisitoriales. Saben cuanto hay de armonía, de sensualidad y de luz en el inmenso poema de piedra. Tratado de Estética epicúrea que la ignorancia y tenebrosidad farisaica quiso alzar á la abstinencia, á las tinieblas y á la renunciación de la vida terrestre.

Quizá alguna vez, cuando en las naves han cesado los ritos y hay en ellas silencio de santuario, penetran decididas y alegres á picotear en las inscripciones latinas de las losas, á rozar con sus alas las figuras polícromas, á posarse en las esculturas yacentes. Una ráfaga de renovación pasa entonces en torno del ábside, cruza sobre el trascoro y se cierne sobre las araras mismas. Y, quietas é inmóviles sobre el barandal de los púlpitos ó en las repujadas verjas de las capillas, prestan las palomas atento oído á los misteriosos rumbos nocturnos, evocaciones magnas, llamamientos definitivos á la vida universal, que se perpetúa, y á los esplendores del alba que, irremisiblemente, habrá de volver (1).

León.

(1) Cuando Rodrigo Soriano visitó León, alguien, riéndose prudente y sabiamente de este artículo, dijo que en la Catedral nunca ha habido palomas. Creo no haber soñado; pero si ha sido así, queda á los leoneses un remedio: ponerlas.

LA TIERRA NEUTRAL

Camino de Nador, hay un cementerio sin nombre ni advocación de divinidad alguna, campo de reposo salobre, á la orilla del mar.

Tiene la majestad augusta de la eterna humildad solitaria. Sus túmulos son montones de arena, impalpable y menuda, como cernido tamo; sus emblemáticos adornos, conchas arrojadas por la marea sobre la candente costa africana, preñada en hervor de resurrección.

Allí duermen su sueño místico hombres de varias razas y confesiones, Hay cristianos, moros y hebreos, y hay también ignorados náufragos, desdeñados por la resaca, que murieron tal vez dibujando en sus labios un rictus impío. Y á todos acogió, benévola y piadosa, en su seno la tierra maternal.

Sobre todos pasa, en las tardes nubosas, abrasador el viento del desierto; sobre todos lanza el Sol sus destellos purificadores. Sobre todos derraman su fulgor apacible las constelaciones en las noches nupciales, cerca de las marismas en que parpadean sus lejanías azuladas los astros solitarios, como un perezo gusano de luz.

En el estupor de las sombras, arrullado por el isócrono golpeteo de la resaca, parecerá escucharse la paradoja del Alcorán: «—Muertos estabais, y os dí la vida. Del mismo modo que la extinguí, volveré á encender vuestra llama.»

Y, sobre otro montículo, resonará la voz profética de Isaías: «—Despertad y concertad himnos de ala-

banza; vosotros los que habitáis el polvo del sepulcro, porque despertar han los muertos al beso del inmortal rocío.»

Porque aquellos que se odiaron y lucharon en vida hermanos eran en labor y dolor. Uno solo era su linaje, y su corazón no se diferenciaba en el peso de un siclo; y roja era su sangre, como en el ara el licor de la ofrenda, y ázimo su pan amasado con llanto, y débil y tierno su quejido en el vencimiento, como el balido del recental.

Sobrecogidos por el impenetrable y temeroso arcano, aferrados á la supervivencia de esta simiente de dolor, que voltea su pequeñez en el universo infinito, aún piden los hombres á sus agnados, para el reposo eterno, un rincón apacible y una piedra sin mácula. Demandan los unos un dolmen, y los otros un sauce. Éste reclama un ampuloso y huero epitafio, y aquél un solo nombre que no desbaraten los siglos y no se desvanezca en el seno del viento, como en el sueño grave y litúrgico de Escipión.

Codician las húmedas criptas de los templos románicos, en que, sobre lechos marmóreos, duermen varones ínclitos sus sueños de piedra, reclinada la nuca sobre la espada—el cojín de los fuertes—ó el cincelado arcón de piedra caliza, junto á los amplios ventanales, en donde se quiebra la luz en la suave policromía de los cristales bizantinos, que prestán á las naves desiertas un vago ambiente de idealidad.

Y aun otros, aterrados por la inestabilidad que buscó la momia de los Faraones en las entrañas de las Pirámides, piden ser calcinados y que sus cenizas sean esparcidas en alta mar desde la cubierta de un

transatlántico. Su vanidad ha querido tener todo el tumultuoso Océano por féretro, y por psalmo toda la inacabable y magna polifonía de las tormentas.

Pero sabedlo, ¡oh, vosotros enamorados de lo Inefable! el verdadero lugar del reposo existe en la tierra. Ha sido encontrado por un poeta camino de Nador. Es la húmeda costa en que todos los símbolos se pierden y en que todos los rencores se olvidan en que los túmulos son de arena y las inscripciones de nácar, en que la tolerancia se extiende bienhecho-ra bajo una cúpula tachonada de enigmas.

En el sitio consagrado por la Naturaleza cesárea, desde el cual, apenas si en las horas de pleamar se oyen los estampidos lejanos de las armas, en que, por testimoniar una fe, luchan y se despedazan los hombres.

TIERRA MADRE

Limpio, espléndido, rutilante, todas las mañanas asciende el Sol, como una consagración de fuego, sobre la masa de agua enorme, evocadora, murmurante del perdurable salmo sin palabras, á que, no sólo por lo intrincado de sus luminosas bahías, sino por la grandeza de sus dilatados horizontes, llamaron los viejos latinos *Mare magnum*. Una brisa acariciadora, confortante, aspirada con ansia por los enfermos de cansancio y dolor, pasa flotando sobre las rizadas crestas de espuma, llega á las playas y los acantilados, trepa por las rocas adustas que vieron las primeras

naves semitas, y se esparce sobre La Coruña, ciudad riente, soberana, calzada de sandalias de césped, ceñida de cinturones de rías y coronada de camelias, de rosas, de crisantemos y de heliotropos. El ambiente, ligeramente tibio, perfumado por cálices silvestres y por el ozono que el mar vierte sobre la ciudad á raudales, predispone también al ensueño; faltan todavía algunas semanas para que venga «la bienhechora», la lluvia menuda y fecundante, que caiga tamizada, hecha refrigerante pulverización, sobre los campos lujuriosos, y preste la tonalidad típica, romántica, plena de unción y de misticismo, á la incomparable tierra gallega.

Los soñadores esperamos ese momento para suminarnos en el éxtasis y la devota contemplación de la campiña maternal y plácida. Vemos á Galicia triunfadora y gentil; pero su espíritu queda oculto á los veraneantes, como si temiera ser profanado. Quizás no se adueñaron de él sino aquellos peregrinos de edades pretéritas, que supieron buscar en los cielos luminosos huellas del polvo de las sandalias del Apóstol, y, después de curar las llagas de sus pies fatigados en el hospital de Compostela, se llegaron hasta el sepulcro en que está encerrado un enigma: el de la compenetración de todos los ritos y el del consorcio de la Naturaleza estremecida con lo Absoluto eterno, inmanente. Pero ese espíritu, cuando cae bienhechora la llovizna, despierta en los campos de su letargia, sube por los troncos de los castaños, se mece en la hojarasca, modula en los pedregales de los arroyuelos su rezo contrito, y sobre los techos de rastrosos se eleva humeante y triunfador á las esmeriladas bóvedas celestes, para volver humanizado,

ó, lo que es lo mismo, divinizado, al seno de la Eternidad.



¡El agua! Escuchad los viejos romances, aprended de coro las alboradas, escudriñad la modulación de la gaita, interrogad á las piedras vetustas, hablad con las plantas cuyo verdor guarda la gama de una tonalidad superior á la de la más inspirada paleta, y sabréis de los manantiales, y de las fuentes, y de los ríos, y de las húmedas praderas, y de los troncos drúidicos; porque el agua es la fecundadora, la impercedera, la divina y consoladora virgen madre. El agua es sagrada, porque viene del cielo, y á él tiene que tornar después de purificar la tierra. Ella, cuando cae en gruesas gotas, precursoras de la tormenta, hace salir, ahuyentados de los surcos, á los sapos y espíritus malignos; ella, cuando se desliza encauzada, lleva sobre sus ondas la flor emblemática que las doncellas cogen en la noche estival solemne y en la más garrida madrugada «que baila o sol cando nace»; ella, brotando entre las peñas en surtidores de linfa transparente, cura todos los males é inspira el amor á las cosas perennes; ella encierra en el mar palacios de vidrio, y en las rocas el bálsamo que las heridas sana, y deshace en los búcaros los más endiablados sortilegios, y en las gárgolas de los templos ojivales cuenta las más embelesadoras leyendas. Porque ella, con el fuego, simboliza la Naturaleza inmortal, á la cual han de ajustarse todas las creencias ó sucumbir, porque los dioses mismos, cuando no se humanizan, mueren.



He aquí el alma, el *spiritus intus* de Galicia, que no podemos sorprender los viajeros indiferentes, prosaicos, escépticos. Toda Galicia es un solo templo; templo el más grande que imaginaron los versículos de los profetas inspirados; por de contado, mucho más armónico, y severo, y gentil que los que con arcilla y granito acertaron á edificar los hombres. Es un templo vivo, que palpita, que tiene sus tabernáculos empapados en nieblas, en la cumbre de las montañas, y sus hornacinas en las copas azules de los castaños y los *ameneiros*, y sus incensarios y pibeteros, en los cálices de las flores silvestres, cuya pila bautismal es el Océano, y cuyas bóvedas parpadean con el destello de millones de mundos. Y, por ende, sus fieles sienten la nostalgia del misterio infinito; pero aman la vida y áciertan á ser cautos en el placer, porque conocen las miserias humanas, y resignados en el dolor, porque saben de las esperanzas divinas; y así, sus sacerdotes tienen más que de inquisidores, de arciprestes, y saben reír con risa franca, y apurar el licor de Baco, escanciado por manos juveniles, después de prestar consuelos eficaces á los moribundos y ensangrentar sus pies, descalzos, para evangelizar á los herejes. Tierra magna, tierra de comprensión, solar de ensueños immaculados, en donde se cura el cuerpo y el alma, porque es dignificación y alegría franca y jocunda, y, á veces, melancolía redentora, y realidad, y presentimiento.



Y por eso venimos á tus lares, ¡oh, tierra incomparable y bendita!, en peregrinación incesante, á través de los siglos, todos los dolientes y desesperanza-

dos; á buscar el sepulcro, que es cuna, y arrodillarnos, estremecidos, ante el sacrosanto misterio del Grial. Y por eso vendremos nuevamente, una y otra vez, en cuerpo ó en alma, hasta que la dolencia final nos arrumbe y la ley de renovación nos aniquile, recordándote siempre, evocándote en la hora postrera, y diciendo con unción y recogimiento: «¡Oh, tierra llena de virtud, de prodigio y de gracia: bendita tú eres!»

La Coruña.

LAS GALERÍAS

La primera vez que fijé la mirada en las galerías de La Coruña exclamé: ¡Qué cosa más linda! La segunda, dije: ¡Que invención tan sabia! Ahora que las he visitado y estudiado con el cariño y la veneración que me inspiran todas las cosas de esta tierra de ensueño, digo murmurando, como si rezase: ¡Santificados y bienaventurados seáis, miradores románticos, celdas esmeriladas, traslucientes estancias de contemplación y de éxtasis, altares del culto doméstico, por donde entran las auras tamizadas y el aliento de la carballeira y el acre perfume del suelo nativo! ¡Benditos por siempre, rasgados ventanales, que dáis al hogar alegría y protección, y al pasajero, la sensación amable de las cosas tras las cuales se esconde el misterio!

Si una orientación equivocada alinease las calles de La Coruña y las trocase en «boulevares» simétricos;

si destruyese las galerías y convirtiese las fachadas en horribles amontonamientos de ornamentaciones barrocas, ¡qué desdicha tan grande! Las galerías prestan á la ciudad un encanto indecible; son ellas algo esencial, característico, que no puede ni debe desaparecer. Ante todo, revelan el culto de la luz, que el gallego quiere que penetre hasta el fondo de las más retiradas estancias. El culto de la luz *que saleu pol-a boca do Anxel*, deidad protectora que todo lo fecunda y lo purifica; la luz creadora, *ludi cerealis*, que aún parece reverberar sobre las piedras de los castros y que en el cielo iluminado por el padre Sol, es fuerza redentora, y en la noche estrellada, senda de peregrinos, y difundida en el ambiente, es salud y vigor y enaltecimiento de la Raza.

Y, después, las galerías revelan el amor á la vivienda en que murieron los antepasados y en que juegan y retozan *os nenos*. Porque la vivienda gallega jamás es precaria y accidental: por pobre que parezca, es siempre alcázar solariego. No se olvida jamás, ni en la prosperidad ni en el infortunio: á ella vuelve los ojos siempre el triste emigrante galaico desde las más remotas regiones del Globo; á ella torna cuando puede, fatigados los miembros, cubiertas de nieve las sienas, para descubrirse ante sus remozados muros ó arrodillarse ante sus escombros. Y á esa casa hay que protegerla de las furias del temporal, de la humedad de las invernales mareas vivas, de los ultrajes de los malhechores y de las *meigas*, y, con cariño paternal, se la antepone un espacio cubierto de maderas y vidrios, especie de trinchera y atalaya y fuerte, que aísla, cuando es menester, del Universo, y pone en comunicación con él, sin más esfuerzo que